

Agosto 3. Preparativos para la sedición.

sella, á principios de Agosto, aumentó la fuerza y confianza de los sediciosos. El 3 se vieron las secciones en la mayor efervescencia, y se declaró insurreccionada la de Mauconseil. Se discutió con vehemencia el destronamiento del rey, en todos los clubs populares, y Petion, á la cabeza de una formidable diputacion, se presentó en la barra de la Asamblea, pidiendo esto mismo en nombre de la municipalidad y de las secciones. El cuerpo legislativo pasó esta peticion á una comision, para que la tomase en consideracion y dictaminase. El 8 se empenó una discusion muy acalorada con motivo de la proposicion que se habia presentado sobre acusar á La Fayette; pero los miembros del partido constitucional hicieron que se desechase por una mayoría de 406 contra 224; tan manifiesta así era la mayoría del cuerpo legislativo en vísperas de una conmocion que debia destruirla así como al trono. Llegó á su colmo la irritacion de los clubs y del populacho, al ver absuelto al que antes habia sido su ídolo; todos los que habian votado con la mayoría, fueron ultrajados al salir de la cámara, y no se oyeron por las calles sino clamores contra la Asamblea que habia absuelto "al traidor La Fayette (1)."

El día 9 fué estremada la efervescencia; los miembros del partido constitucional se quejaron de los insultos que se le habian inferido la víspera, é insistieron en que se hiciese marchar á

(1) Toul. I, 224. Mig. I, 187. Th. II, 237.

las tropas marselesas al campo de Soissons. Estando discutiéndose esta materia, se comunicó á la Asamblea que una de las secciones habia declarado, que si no se decretaba aquel mismo día el destronamiento del rey, á media noche tocaria á rebato y generala, y marcharia sobre el palacio. De las ochenta y cuatro secciones de Paris, cuarenta y siete habian aprobado esta resolucion. El cuerpo legislativo dió orden á las autoridades de los departamentos, y á las de Paris, de que conservasen la tranquilidad pública; las primeras contestaron, que estaban en la mejor disposicion para llevar á cabo esta prevencion, pero que carecian de poder para ello; Petion contestó á nombre de las de la capital que como las secciones habian puesto en uso sus facultades, no se podian emplear contra ellos mas armas que la persuasion. La Asamblea cerró su sesion sin haber dictado medida alguna para apartar el golpe que la amenazaba (1).

Por fin, el 9 de Agosto á media noche se oyó el estallido del cañon, el ruido de las campauas que tocaban á rebato, y el de la generala que se tocaba en todos los barrios de Paris; inmediatamente comenzaron á ocurrir los sediciosos en número considerable á sus diversos puntos de reunion. Los que sobrevivieron á la sangrienta catástrofe que acaeció poco despues, han pintado con vivísimos colores las angustias que pasaron en aquella espantosa noche, en que comenzó

Insurreccion del 10 de Agosto.

(1) Toul. II, 228. Mig. I, 188. Th. II, 238, 239.

á desmoronarse la mas antigua monarquía de Europa. El eco siniestro y no interrumpido de la alarma, el redoble de los tambores, el estallido de la artillería, el ruido de los carros cargados de municiones que atravesaban por las calles, la grito de los insurgentes y la noticia del movimiento de sus columnas; vibraban despues de mucho tiempo en sus oídos, amedrentándolos aun en los momentos de mayor alborozo (1). El club de los jacobinos, el de los Franciscanos y la seccion de los Trescientos, situados en el arrabal de San Antonio, eran los tres centros de la insurreccion. Las fuerzas mas formidables se encontraban acumuladas en el club de los franciscanos; allí estaban las tropas marselesas y el vigor de DANTON, que daba energía á todas las resoluciones. "Ya es tiempo, decia, que desobedezcamos las leyes y á los legisladores; las leyes no presentan disposicion alguna sobre los delitos que se han cometido, y los legisladores se han hecho cómplices de los criminales. Ya hemos visto como han absuelto á La Fayette; absolver á ese traidor es lo mismo que entregarnos á él, á los enemigos de la Francia, á la sangrienta venganza de los soberanos aliados. Esta noche es la que ha elegido el pérfido Luis para anegar en sangre á la capital y hacerla pasto de las llamas, y se ha dispuesto para abandonarla cuando esté convertida en ruinas. ¡A las armas! ¡A las armas! No se nos deja otro recurso para salvarnos." Los sediciosos, y en particular los

(1) De Stael II, 61. Tb. II, 214, 242. (1)

marseleses, pedian con impaciencia que se les diese la señal de marcha, y la artillería de todas las secciones comenzó á moverse hácia el centro de la ciudad (1).

El primer paso que se dió, fué apoderarse de la casa consistorial, disolver la municipalidad, y nombrar nuevos funcionarios elegidos á gusto de lo mas desenfrenado del pueblo. Esta medida se llevó á cabo casi sin oposicion, efecto del terror que habia llegado á embargar á las autoridades, y el temor de los peligros que las amenazaban. Habiéndose apoderado de este punto central los sediciosos, trataron de concentrar sus fuerzas en la plaza de Greve, y comenzaron á reunirse las piezas de artillería de todos los barrios, y las prolongadas columnas de lanceros á moverse de los suburbios. Se encontraba Paris en la agitacion mas espantosa; pero en medio de aquella confusion, se reunió una porcion bástante considerable de guardia nacional, y se dirigió á las Tullerías, donde se habia logrado concentrar una fuerza respetable [2].

La corte, que conocia el peligro que corria, habia estado haciendo, por espacio de algunos dias, los necesarios preparativos para resistir el ataque que se esperaba. Su principal confianza se cifraba en la guardia suiza, cuya distinguida lealtad en todos tiempos habia llegado al mayor extremo, en vista del infortunio, y á conse-

Preparativos de la corte.

(1) Lac. I, 264.

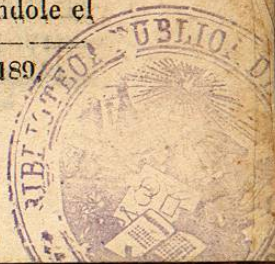
(2) Lac. I, 264, 265 Foul. II, 129. Mig. I, 189.

cuencia de la liberalidad de la real familia. La Asamblea habia dado orden de que se hiciese salir de Paris la fuerza de que nos ocupamos, pero los ministros, bajo diversos pretextos, habian logrado diferir su egecucion, aunque no se habian atrevido á hacer venir á la otra mitad del cuerpo que se encontraba en Courbevoie, para que contribuyesen á la defensa del palacio; el número de fuerza que se hallaba en aquellos momentos de servicio, era de 800 plazas. Los individuos de la guardia nacional que se habian conservado fieles, llegaron con precipitacion al palacio, y se tendieron en el patio. Los granaderos del cuartel de Santo Tomas se habian dirigido á su puesto antes de que hubiese indicios de que la revolucion iba á estallar. Setecientos ú ochocientos realistas, pertenecientes á la nobleza, llenaron el interior del palacio, decididos á participar del peligro en que se hallaba su soberano; pero sirvieron mas para entorpecer, que para activar los preparativos de la defensa. Formaban una reunion confusa, sin uniformidad en el vestuario, armados indistintamente con pistolas, sables ó fusiles, é incapaces de prestarse á ninguna organizacion util; su aparicion enfrió el entusiasmo de que se hallaba poseida la guardia nacional, y despertó su mal estinguido encono contra el partido aristocrático. Los dragones, con varias piezas de artilleria, se situaron, aunque tarde, en los jardines y en el patio; pero en esta última y formidable arma las fuerzas del palacio eran desgraciada-

mente inferiores á las de los insurgentes. Las tropas del rey eran numerosas, pero no se podia tener entera confianza en una porcion considerable de ellas; y la gendarmeria de á caballo, que en las contiendas intestinas es siempre la mas importante, dió á poco un funesto ejemplo de desafecto, desertándose en peloton y pasándose al enemigo [1]. Este importante cuerpo se componia en su mayor parte de las antiguas guardias francesas; de suerte que tuvieron éstas la infamia de traicionar á su soberano, y quebrantar sus juramentos dos veces, durante las mismas conmociones.

A la primera señal de alarma, se habia reunido la Asamblea, ocupando el sillón presidencial Vergniaud. La disposicion del cuerpo legislativo en cuanto á sostener al trono, era manifiesta; mas le habia privado la insurreccion del pueblo, de todos los medios de que se hubiera podido servir para prestarle un eficaz apoyo. La primera medida que tomó, produjo las mas funestas consecuencias. Petion, corregidor de Paris, se hallaba en el palacio dando cuenta del estado que guardaba Paris: se le mandó que compareciese á la barra, y se le previno que se estuviese en la casa consistorial, y no se separase de su puesto. No bien llegó allí, cuando se dejó arrestar por la fuerza insurreccionada que acababa de disolver á la municipalidad; el nuevo cabildo dió orden á Maudat, comandante de la guardia nacional, ocultándole el

(1) Lac. I, 165, 266. Th. II, 243. Mig. I, 189.



cambio que se habia egecutado, de que se dirigiese á la plaza de Greve. Acatando la prevencion que le hizo la autoridad civil, se encaminó Mandat al punto que se le indicaba; pero inmediatamente se le condujo á la casa consistorial, donde se encontró con que pesaba sobre él la acusacion de haber dado orden á sus tropas de que hiciesen fuego contra el pueblo. Al notar por los desconocidos que le rodeaban, que se habia verificado un cambio en las autoridades municipales, se demudó; se le envió inmediatamente, bajo custodia, á la Abadia, pero fué asesinado por el pueblo al bajar las escaleras del palacio municipal [1]. El nuevo cabildo confirió al punto el mando de la guardia nacional á Santerre, uno de los cabecillas de los insurgentes [2].

La muerté de Maudat fué una pérdida irreparable para la causa del trono, porque era indispensable su prestigio para animar á la pelea á la guardia nacional, cuyo entusiasmo se habia resfriado en mucha parte desde que vió á tantos realistas figurando entre los defensores del monarca. A las cinco de la mañana recorrió el rey todos los puestos interiores del palacio, acompañado de la reina, del delfin, y de la princesa Isabel. Se hallaban animadas las tropas del mayor ardimiento, y empezaron á reanimarse las esperanzas en el ánimo de las personas de la familia real, mas recibieron un cruel de-

(1) Mig. I, 190.

(2) Ibid. Toul, II, 233. Th. II, 249.

sengaño al bajar la escalera y al pasar revista á las fuerzas de la plaza del Carrousel y del jardin. Algunos batallones, en particular los de las Hermanas de Santo Tomas (Filles de Saint Thomas) y de los Padrecitos (Petits Pères), recibieron al rey con entusiasmo, pero en la generalidad aparecian las tropas silenciosas é irresolutas, y aun hubo cuerpos, especialmente los artilleros y el batallon de Croix Rouge, [Cruz Roja], que levantaron el grito de “¡vive la nation!” Dos regimientos de piqueros que desfilaron delante del rey, descaradamente gritaron: “¡Vive la nation! ¡vive Petion! ¡A bas le veto! ¡á bas le traître!” [¡Viva la nacion! ¡viva Petion! ¡Abajo el veto! ¡muera el traidor!]

Desalentado por estos funestos indicios, se retiró el rey al palacio, afligido y lleno de congoja. La reina desplegó el antiguo esfuerzo de su estirpe. “Todo aquello que considerais como mas caro, dijo dirigiéndose á los granaderos de la guardia nacional, vuestros hogares, mugeres é hijos, depende de nuestra existencia. Hoy nuestra causa es la del pueblo.” Estas palabras, proferidas con dignidad, exaltaron el entusiasmo de las tropas; pero no podian ofrecer otra cosa que sacrificar su sangre en su defensa; nada se veia que pudiese comunicar el entusiasmo que inspira el triunfo. Aunque aparecia sereno el semblante del rey, su alma estaba entregada á la desesperacion. No tenia inquietud alguna por sí mismo, y la prueba de ello fué que se negó á ponerse la cota de malla que habia formado la reina para libertarlo en caso de que hu-

biesen querido asesinarle. "No," contestó, "en los momentos del peligro debe estar vestido el soberano como el mas humilde de sus defensores." Pero no se pudo conseguir inspirarle aliento en aquellos instantes decisivos. Es indudable que si hubiese dado una carga á los sediciosos, á la cabeza de sus partidarios; los habria dispersado, y hubiera podido, aun á última hora, restablecer el trono (1).

Mientras reinaba en las Tullerías la irresolucion y el desaliento, la efervescencia de los insurgentes iba adquiriendo por instantes mayor incremento. Desde la salida del sol, se habian forzado los arsenales y distribuido armas á la muchedumbre. A las seis se habia puesto en marcha sobre el palacio una columna del arrabal de San Antonio, compuesta de quince mil hombres, y la del barrio de San Marceau que constaba de cinco mil, los cuales se aumentaban mas y mas en su tránsito. Habia sido arrollada una fuerza que por orden del directorio del departamento se habia situado en el Puente Nuevo (Pont Neuf), de suerte que quedaba abierta la comunicacion entre las dos opuestas márgenes del rio. Poco despues, la vanguardia de los sediciosos, compuesta de tropas de Marsella y de la Bretaña, desembocó por la calle de San Honorato, y ocupó el Carrousel, abocando sus piezas de artillería sobre el palacio. En tan críticas circunstancias se dirigió Røederer á la Asam-

(1) Toul. II, 236. Mig. I, 193, Lac. I, 267. Th. II, 252, 252, 255.

blea, y le pidió facultades para entrar en convenios con los sediciosos; pero su peticion no fué atendida. Se llegó en seguida á la guardia nacional, y les leyó los artículos de la constitucion en que se prevenia que en caso de ataque, la fuerza fuese repelida con la fuerza; pero era muy reducido el número de individuos de estos cuerpos que parecian dispuestos á sostener el trono, y los artilleros por contestacion descargaron sus piezas. Viendo que la causa popular se mostraba triunfante en todas partes, se volvió abatido al palacio (1).

Se hallaba el rey en consejo con la reina y sus ministros. Røederer le anunció sin rodeos, que el peligro que corría era extremo; que los sediciosos no pasarían por ninguna condicion; que no se podía contar con la guardia nacional, y que era inevitable el esterminio de la familia real, si no se refugiaba en el seno de la Asamblea. "Preferiría, dijo la reina, que me clavasen en las paredes del palacio, antes que abandonarlo," y presentando al decir esto una pistola al rey, exclamo: "Vamos, señor, hé aquí el momento en que debeis desplegar vuestro valor." El rey guardó silencio; tenia la resignacion de un mártir, pero carecia de la intrepidez de un héroe. "¿Estais dispuesta, señora, le dijo Røederer, á cargar con la responsabilidad de la muerte del rey, la vuestra, la de vuestros hijos, y la de todos vuestros defensores?" Estas palabras deci-

Abandona el rey el palacio, y se acoge á la Asamblea.

(1) Mig. I, 292. Lac. I, 267. Th. II, 253.

dieron al rey, que levantándose, dijo á los que le rodeaban: "Señores, nada nos queda ya que hacer aquí." Acompañado de la reina, del delfín y demas personas de su familia, bajó la escalera y atravesó el jardín protegido por las guardias suizas, y los batallones de las Hermanas de Santo Tomas, (Filles de Saint Thomas), y de los Padrecitos, (Petits Pères). Estas tropas leales consiguieron con suma dificultad hacerle llegar á la Asamblea, que estaba en la calle contigua, en medio de las amenazas é imprecaciones de la multitud [1].

"Señores, dijo el rey al llegar á la Asamblea, me he trasladado á vuestro seno con el fin de libertar á la nacion de cometer un horrendo crimen; siempre me consideraré seguro poniéndome con mi familia en vuestras manos." "Señor, contestó el presidente Vergniaud, podeis descansar en la firmeza de la Asamblea nacional; sus miembros han jurado morir en defensa de los derechos del pueblo y de las autoridades constituidas; permaneceremos con impavidez en nuestros puestos; primero moriremos que abandonarlos." En efecto, los girondinos, que habian conseguido su objeto, que no era otro que el de humillar al rey, se hallaban animados de sinceros deseos de refrenar á la multitud; intento vano que demostró claramente su insuficiencia para dirigir una revolucion en los dias de su efervescencia [2].

(1) Mig. I, 192. Lac. I, 267, 268. Th. II, 254, 256.
 (2) Mig. I, 193. Lac. I, 269. Th. II, 257.

Mientras la nueva municipalidad que habian organizado Danton y Robespierre, se ocupaba en dirigir los movimientos de la insurreccion, una fuerza formidable ocupaba el lado de la plaza del Carrousel, contigua al Louvre, y se veian abocadas al palacio numerosas piezas de artilleria, cuyas tropas se habian disminuido considerablemente con la marcha del destacamento de guardia suiza, y los batallones de realistas que habian salido sirviendo de escolta al monarca. La gendarmeria que estaba tendida al frente del palacio, habia abandonado vergonzosamente su puesto á los gritos de "Vive la nation!" la guardia nacional se hallaba tan dividida, que no se podia contar con ella; los artilleros se habian pasado descaradamente al enemigo, pero la guardia suiza con una heroica firmeza, se mostraba resuelta á cumplir á todo trance con sus deberes, en medio de la general defecion que presenciaba. Habiendo intentado los sitiadores penetrar en lo interior del palacio, comenzó la lucha; y los suizos, haciendo fuego por las ventanas, repelieron á los primeros; inmediatamente bajaron la escalera, y formándose en batalla en el patio del Carrousel, acabaron de poner en fuga al enemigo por medio de un fuego vivo y sostenido. Los insurgentes antes tan audaces, huyeron desordenadamente hasta el Puente Nuevo (Pont Neuf), y hubo muchos que no se detuvieron hasta llegar á sus casas en los arrabales. Con trescientos hombres de ca-

Combate sangriento en la plaza del Carrousel.

ballería que hubiera habido en aquel crítico momento, se habría salvado la monarquía. Pero los heroicos defensores del palacio, que se componían de un número reducido y estaban desprovistos de caballería, no se atrevieron á completar su triunfo; el populacho, viendo que no se le seguía, cobró nuevos bríos, y se preparó bajo la dirección de Westermann, y auxiliado por una numerosa artillería, á dar otra carga. Las tropas marsellesas y bretonas volvieron á atacar con mayor aumento de fuerza; los suizos fueron esterminados á metralla, cayendo en sus puestos sin abandonarlos, [1] muertos pero no vencidos. En aquella crisis el trono de Francia no encontró fidelidad ni en su nobleza ni en sus ejércitos, sino en los independientes montañeses de Lucerna, que se habían conservado puros en medio de los vicios de un siglo corrompido, y constantes en la sencillez de la vida campestre.

La lucha cesó entonces de serlo, y se convirtió en matanza. La frenética turba se precipitó al palacio, y á cuantos encontró en él á tantos dió muerte; los que andaban prófugos por los jardines de las Tullerías, fueron perseguidos por los píqueros del vecindario de los suburbios, y pasados á cuchillo sin remisión bajo los árboles, entre los puentes y al pie de las estatuas. Hubo infelices que se treparon á los monumen-

(1) Mig. I, 194. Lac. I, 271, 273. Toul. II, 252, 253. Th. II, 260, 261.

tos de marmol que adornan aquellos magníficos lugares; los insurgentes, no queriendo maltratar las esculturas, se abstenerían de disparar sobre ellos; pero los picaban con sus bayonetas hasta hacerlos venir al suelo, y los mataban luego que caían; he aquí un ejemplo de amor á las artes asociado con la crueldad revolucionaria, que con dificultad tendrá igual en la historia del mundo [1]. Durante aquella tarde y noche fatal, buscó el populacho por todas partes, con empeñosa ferocidad, á los individuos de la guardia suiza que hubiesen sobrevivido, acuchillándolos donde quiera que los encontraba; apenas hubo uno que otro que se libertase de la muerte, y los que tal lograron debieron su salvación al leal cariño de sus mugeres [2].

Mientras se representaban, estas terribles escenas, se hallaba entregada la Asamblea á la agitación mas violenta. A la primera descarga de fusilería que se oyó, declaró el rey que había prohibido á sus tropas hacer fuego, y firmó una orden en que prevenía á la guardia suiza suspendiese las hostilidades; pero fué asesinado el oficial conductor de ella, antes de llegar á su destino. Oyendo que continuaba aumentando el fuego, se aumentó la consternación, y se levantaron muchos diputados de sus asientos para marcharse; pero otros exclamaron: "¡No! permanezcamos en nuestro puesto!" Era tal la vocería del populacho que ocupaba las

(1) Scott's Paris Revisited, 291.

(2) Lac. I, 272, 273. Toul. II, 252, 253.

galerías, que nada se podía percibir de lo que decían los oradores; (1) y á poco, los clamores de "Victoire, victoire, le suisses sont vaincus!" (¡Victoria! ¡victoria! han sido vencidos los suizos,) dieron á conocer que la suerte de la monarquía quedaba al fin decidida.

El 10 de Agosto fué el último día en que hubiera podido el monarca salvar á la Francia; no queda duda de que si hubiese tenido un carácter mas firme, habria podido emprender con buen resultado esta tarea. Estaba disgustada la masa de la nacion de los excesos de los jacobinos, y las demasías cometidas el 20 de Junio habian escitado un sentimiento de horror por todas partes. Si hubiese obrado con vigor en aquella circunstancia extrema; si hubiese repelido la fuerza con la fuerza, y aprovechándose de los primeros momentos de triunfo para declarar como enemigos á los jacobinos y girondinos, que mil veces habian faltado á la constitucion; si hubiese disuelto la Asamblea, cerrado los clubs, y mandado prender á los cabecillas del tumulto, aquel día habria sido el del restablecimiento de la autoridad real. Pero aquel príncipe tímido jamas pudo llegar á persuadirse de que la salvacion de su reino estuviere íntimamente relacionada con su seguridad propia, y prefirió esponerse á una muerte segura, antes que permitir se derramase una sola gota de sangre en su conservacion y defensa (2).

(1) Toul. II, 254. Lac. I, 272. Mig. I, 195. Th. II, 263.

(2) Dumont, 438.

Al estallar el primer tumulto de los sediciosos, Destronamiento del rey. promulgó la Asamblea una proclama en que se recomendaba la moderacion despues de la victoria. Presentóse á poco en la barra una comision de la municipalidad, pidiendo que se confirmase á esta corporacion en sus funciones; insistiendo en el destronamiento del soberano, y manifestando sus deseos de que desde luego se procediese al establecimiento de una convencion nacional. Las comisiones siguieron sin interrupcion unas á otras, solicitando con instancia lo mismo que la primera, y aun exigiéndolo con el lenguaje y orgullo de vencedores. Cediendo á la necesidad, la Asamblea, á mocion de Vergniaud, acordó un decreto suspendiendo la autoridad del soberano, despidiendo á los ministros, y disponiendo el inmediato establecimiento de una convencion nacional (1).

No es al principio de los tumultos revolucionarios cuando se debe temer que Reflexiones acerca de la destruccion monárquica. la felicidad social corra peligro, sino despues que ha cedido el frenesí del pueblo, y cuando el partido triunfante comienza á resentir los efectos de las pasiones á las cuales debe su ascendiente. Los sucesos del 10 de Agosto no ocurrieron sino tres años despues de los del 14 de Julio. La razon es obvia. En el primer desahogo de las pasiones y de la exaltacion que produce toda resistencia que se hace con buen éxito, se manifiesta el pueblo

(1) Mig. I, 195. Toul, II, 256. Th. I, 263, 264.